

Fortuny.

El último aristócrata de Venecia

FERNANDO LÓPEZ AGUDÍN /
MARA MALIBRÁN

La Esfera, 2012. 278 pp. 23'90 e.

Vistió a las más modernas mujeres, a Isadora Duncan, Eleanora Duse, Consuelo Vanderbilt o María Laura de Noailles. Trabajó amistad y conversaciones de café con D'Annunzio o Marcel Proust. Cuando en 1949 Mariano Fortuny y Madrazo moría en Venecia, toda una época bajaba a su vez el telón.

Hijo de uno de los más grandes pintores de su generación, fotógrafo, inventor, escenógrafo y, sobre todo, diseñador, Mariano Fortuny nació en Granada en 1871 y vivió su adolescencia creativa en el fascinante París de la Belle Époque, con la música de Wagner, el teatro y los ballets rusos de fondo. Y en el interín se abre en abanico la historia de la alta costura, de los pliegues de Delphos que aparecen y desaparecen, de los corsés, *asesinados* por Paul Poiret, de los chales Knossos y la alargada sombra de Sergei Diaghilev. Hasta la instalación familiar definitiva en Venecia y del taller de Madrazo en el Palacio Pesaro degli Orféi, puesto de operaciones desde el que partirá en innumerables viajes por Europa. Sus vestuarios brillaron en la Scala de Milán en piezas como *Tristán e Isolda*, *La valquiria* o *La vida breve*. En 1949, tras su muerte, Fortuny hallaba sepultura en el romano cementerio de Verano.

La biografía de Mariano Fortuny, primorosamente facturada por los periodistas Mara Malibrán y Fernando López Agudín, incluye un auténtico tesoro gráfico: más de sesenta láminas de la época, fotografías, pinturas, retratos y maniqués engalanados con sus colecciones que completan e ilustran la aventura vital y estética del último aristócrata de Venecia. **MIGUEL CANO**



ANTONIO HEREDIA

Piel roja

JUAN GRACIA ARMENDÁRIZ
Demipage, Madrid, 2012
267 páginas, 19'50 euros

Piel roja de Juan Gracia Armendáriz (Pamplona, 1965) es el dietario con la que el novelista y periodista cierra la que ha llamado *trilogía de la enfermedad*, que se inauguró con *La línea Plimsoll* en 2008. Supongo que quienes hayan leído los dos libros anteriores estarán más preparados para el tercero, que sin embargo parece básicamente autónomo y que es sencillo y de una prosa clara y limpia. Es sencillo porque elige la estructura diarística, que es la más directa. Apuntes de un hombre —Juan, el autor— que se somete a continuas diálisis y que está a la espera de que, por segunda vez, le transplanten un riñón. Naturalmente este hecho condiciona los dos lados básicos del relato: el más duro e ingrato de la enfermedad y el mundo, a ratos

un tanto deshumanizado, de los hospitales. Y de otro, el intento del paciente/autor por seguir llevando en lo posible su vida normal, que es la de un hombre culto, por lo que son obvias muchas referencias a libros, escritura y escritores...

Un tercer aspecto, resultado de los anteriores, son las incursiones memorialísticas al pasado, no sólo por volverlo a considerar, sino porque todo ser amenazado repasa su vida. Por ello sabemos que la familia de Juan (el padre era un industrial navarro) fue desestabilizada por una amenaza seria de ETA, que les obliga a salir de Navarra y el País Vasco, llegando a vivir un tiempo en México. Juan con su mujer Silvina —de la que se separa— adopta una niña china a la que llaman Alejandra. Como una manifestación de que la vida quiere continuar por encima de las barreras de la dolencia, del posible rechazo del riñón transplantado, el autor (al principio nada amigo de las redes sociales) encuentra a una mujer con la que cha-

su desdén —no da nombres— por una nueva narrativa española demasiado simple. No es al primero que lo manifiesta. Por eso sabemos que sus libros anteriores del ciclo de la enfermedad son obras de sintaxis más trabajada. Había leído antes —no sé si en el mismo Benet— el momento en que el joven ingeniero de caminos viaja al sur de EEUU y en el coche favorito del autor de *Mientras agonizo* para conocerlo. Para enfrente de la casa y ve al viejo escritor mirando por la ventana; Benet lo mira también y la timidez lo vence, no se atreve a llamar a la puerta. Qué duda cabe de que la narrativa inquisitiva de formas y estructuras (no confundir con experimental) no está en alza en época de vacas culturales flacas y de *best sellers* que habitualmente suelen ser novelones de pura narratividad fácil. J. Gracia lo recuerda y estamos de acuerdo. Aunque él demuestre con *Piel roja* que es posible escribir claro, llano y talentoso, sobre todo si se acude al recurso reflexivo.

Gracia Armendáriz demuestra que es posible escribir claro y talentoso, sobre todo si se acude al recurso reflexivo

Por cierto que el título algo tiene que ver con todo esto, cuando nos dice que alguien dividió a los literatos entre “rostros pálidos” (los más complejos, y la segunda parte de su trilogía es *Diario del hombre pálido*) y los más salvajes o indisciplinados —lo que no siempre es malo, ahí estaría Whitman— que son “pieles rojas”. En este dietario-novela el autor es un buen piel roja que echa de menos al rostro pálido. **LUIS ANTONIO DE VILLENA**